

una política grave y llena de frialdad.

La pasión que le había inspirado Rafaela fué subyugada con la reflexión cuando el doctor removió en aquel pecho enpedernido las semillas del honor; pero veneraba siempre su memoria, y detestaba á su hija como á su verdugo y como á una mujer sin corazón.

Alicia se despidió de su amigo, y bajó para tomar su coche, en tanto que Claudio, sentándose sobre la alfombra, se ponía á jugar con su hijo mayor.

CAPITULO XIII

**La Fuente Castellana.--Dos carruajes.
Una herencia inesperada.--Suicidio.
Mme. Stael.**

I

Voy á terminar la historia de Alicia y de Consuelo contandoos lo que he sabido de ellas hace poco tiempo.

Era una bella tarde del 20 de Febrero de 1876, y paseaba yo por las hermosas alamedas de la Fuente Castellana. Despues de algunas vueltas me sentí algo cansada, y me senté en una de las de piedra del paseo, entreteniéndome en mirar los carruajes.

Todos estaban llenos de damas, más ó menos bonitas, más ó menos jóvenes, y á todas las miraba yo con esa curiosidad indiferente que fatiga bien pronto, cuando ví pasar uno que llamó mucho mi atención. Ocupábanle dos personas. La

una era una señora que aparentaba sesenta años de edad, en extremo flaca y angulosa, de nariz larga, boca hundida y ojos azules y mortecinos.

A su lado iba un jóven de veinticinco años, bello como un Adónis, pero con esa belleza afeminada, tan muda para los ojos como para la imaginación. Ambos vestían con extremado lujo, pero ella ostentaba en todo su traje un esplendor que no estaba destituido de gravedad, en tanto que su acompañante vestía unas galas en extremo afeminadas, en perfecta consonancia con su fisonomía mujeril.

Había tenido la ocurrencia de ponerse chaleco y corbata blancos, una enorme cadena en el reloj y una levita azul muy ajustada. Su cabello estaba rizado en grandes tufos, y sobre sus guantes, color de canario, lucía multitud de anillos con enormes piedras.

—¿Quién será esa extraña pareja? pregunté sin poder contener la risa á las personas que me acompañaban.

—¿Se acuerda usted, me respondió una señora jóven y muy bella que estaba sentada á mi lado, se acuerda usted de aquella miss Wilsson, á quien visitaba mi padre, y de la cual le he hablado á usted tantas veces?

—Sí, contesté yo.

—¿Pues bien, esa es!

—¿Será posible!

—Muy posible.

—¿Esa es Alicia Wilsson!

—La misma.

—¿Pero si esa es señora anciana!

—Sólo tiene cuarenta y seis años; mas la sequedad del corazón envejece el rostro mi amada María, y eso es lo que ha acontecido á esa mujer.

—¿Y no se ha casado?

—No; rehusó hacerlo cuando era rica, y luego quedó pobre.

—¿Pobre?

—Sí, muy pobre; todo su caudal quedó entre las manos de los que manejaban sus negocios, pues á pesar de su empeño, no podía atender ella sola á todo, y no tenía un hombre al frente de sus intereses. Es una mujer que no ha sido niña ni jóven, y que, despues de la muerte de su madre, se convirtió en un sér á la vez ridiculo y cruel. Mi padre me contaba anoche que, hará un mes, fué cuando tuvo noticia de su completa ruina, y se encontró sin un cuarto; entónces abrió la habitación de su madre, entró en ella, cubriéndose los ojos con la mano para no ver los objetos que le habiau pertenecido, y se dirigió sin vacilar á un sencillo *secretaire* que habia sido de la difunta. Abrió uno de los cajones, y halló dentro una crecida cantidad de oro. Aquel oro lo habia ido dando Alicia á su madre desde que cumplió cinco años hasta que tuvo diez y seis. A esta época ya se habia hecho tan egoista, que sólo pensa-

ba en sí misma, y dejó de pensar en su madre, pero ésta la protegía aún desde su tumba. Gracias al oro que, guiada de los presentimientos de su corazón, había ido recogiendo para su hija, Alicia ha podido conservar su casa y sus trenes. ¿Sabe usted, mi querida María, continuó mi amiga, cuáles son sus proyectos ahora?

—No los adivino, respondí, poco deseosa de fijar mi pensamiento en la suerte venidera de la detestable inglesa.

—¿No ha visto usted á un jóven que la acompaña?

—Sí.

—Pues bien; ha llegado á convencerse de que le hace falta un hombre que maneje sus intereses, y de que la mujer nada puede por sí; ha elegido entre los hombres venales, que creyéndola muy rica la asediaban siempre, y va á casarse.

—¿A casarse!

—Sí.

—¿A su edad!

—Cegada por su vanidad, cree que es aún muy bella, y que su talento y su mérito son superiores á la juventud misma.

—¿Pero esa pobre mujer va á ser muy infeliz!

—¿Cuándo ha sido dichosa? Los egoístas llevan en sí mismos el castigo de su odioso carácter.

—El que va á ser su marido es mucho más jóven que ella.

—Podía ser su hijo.

—Y me parece además una persona ridícula.

—Es más que eso: es un petardista.

—¿Y no tiene ningun amigo que la aconseje?

—Si Dios concediese amigos á los seres egoístas, crueles y duros, qué nos quedaba á los que no tenemos ninguno de estos defectos?

Callé yo, no sabiendo qué contestar á la justa observacion de mi amiga, y ambas volvimos á mirar la carretela de miss Wilsson, que daba la vuelta á la alameda, y venia á pasar otra vez por delante de nosotras.

II

Alicia nos lanzó una de aquellas miradas desdenosas y triunfantes, con las cuales media á todos los que nos hallábamos modestamente sentados en las sillas del paseo. A causa sin duda del fresco de la tarde, iba como recostada en su carretela, y abrigada con una magnífica piel de tigre.

Preguntábame yo, llena de asombro, si sería aquella la misma Alicia, que cuando niña, era tan tierna y tan noblemente cariñosa con su desgraciada madre: y sólo á la falta de aquella madre sin igual, podía atribuir la total y ruin perversion de miss Wilsson.

Su cara, larga y angulosa, no tenia ya el más leve rastro de hermosura: era el tipo de la solte-

rona, sin blandura y sin expresion ninguna. La sensibilidad del alma puede embellecer las facciones más destituidas de gracia; pero la crueldad de los instintos marchita la fisonomía y le imprimen un sello bajo y repugnante.

Entregada estaba yo á estas reflexiones, cuando ví llegar otra carretela abierta y ocupada por cuatro personas de aspecto más agradable. Eran una señora que entraba apénas en el invierno de la vida, vestida con rica sencillez y distincion. Llevaba un traje de seda verde gnarnecido de blondas negras, un elegante abrigo de terciopelo, y un sombrero blanco de mejor gusto.

Á su lado iba sentado un hombre, cuyos cabellos, casi blancos, hacian un contraste muy notable con sus negros ojos y con sus cejas de ébano. Aquel hombre vestia con una elegancia severa y digna á la par. Aun era hermoso, pero con esa hermosura llena de inteligencia y de vida, con esa hermosura de la imaginacion, que sobrevive á los años y á los pesares, y que revive, por decirlo así, en cada hora serena.

Las otras dos personas que ocupaban el carruaje eran dos hermosos jóvenes, que podrian tener el uno veinte y dos años y veinte el otro. Ambos estaban dotados de esa belleza enérgica y risueña de la juventud.

—Mire usted los otros dos personajes de la historia que mi padre ha referido á usted, me dijo mi amiga señalándome la carretela.

—¿Cómo! ¿esos son?...

—Consuelo y su esposo.

—¿Ese es Claudio Laroche?

—Sí.

—¿Y esos jóvenes?

—Son sus hijos; además, tienen tambien una hermosa hija de diez y ocho años, casada ya.

—¿Conque ahora son ricos?

—Sí; Dios, que nunca desampara á los buenos les ha llevado al puerto de bonanza: ¿se acuerda usted de aquella anciana señora, vecina de Consuelo, que rogó á Laroche que se pusiese al frente de sus asuntos?

—Sí. ¿Aquella buena anciana que le señaló sólo siete mil reales al año?

—La misma; siete años estuvo Claudio trabajando en su casa, y viviendo sin otro auxilio que el módico sueldo que le daba, y que apénas bastaba para cubrir las necesidades de su familia; durante estos siete años la pobre Consuelo trabajó mucho; ella, la hija del noble y opulento conde de Harley, cosía, bordaba y aplanchaba sin cesar para proporcionar alguna comodidad á su marido y á sus hijos; con la mayor dulzura y la resignacion más grande soportó todas las penalidades de su situacion, y ni una queja salió de sus labios, ni jamás quiso admitir los socorros de su amiga Alicia. Mas al finalizar el sétimo año que trabajaba para su buena vecina, murió ésta, dejando toda su fortuna que era muy pingüe, á Con-

suelo y á su esposo, quien con su rara inteligencia se la habia devuelto casi toda, arrancándola de las manos que se la querian usurpar.

Claudio ha aumentado despues sus caudales en especulaciones honrosas, y ha dado brillantísimas carreras á sus dos hijos; pero á su hija sólo su madre la educó con tanta sobriedad y sencillez como modestia.

Calló mi amiga, y yo fijé de nuevo mis ojos en Consuelo y en su esposo, cuyo coche se iba alejando lentamente. A pesar de tener dos años más que Alicia, parecia Consuelo mucho más jóven: y es que las dulces sensaciones del amor y de la maternidad, imprimen al semblante un carácter de frescura y de juventud eternas.

III

Un mes despues vino á verme á mi casa la amiga que me habia acompañado en la Fuente Castellana. Apenas entró se dejó caer en una silla, exclamando:

—¡Ah, María, qué desgracia! ¡qué horrible desgracia!

—¡Dios mio! ¿Qué pasa? exclamé asustada.

—¿Se acuerda usted de miss Wilsson?

—Sí.

—¡Pues bien, se ha matado!

—¡Ella! ¡tan helada! ¡tan egoísta é imposible!...

—¡Ella misma, sí!

—¿Pero por qué?

—Hace quince dias se casó con aquel hombre que la acompañaba.

—¿Y bien?

—Este se hizo cargo de todo el dinero, de aquel dinero que Rafaela habia dejado á su hija, y que era su unico recurso; pero á los dos dias desapareció, llevándose todo.

—¿Qué maldad!

Alicia se informó, con un valor digno de mejor causa, del camino que llevaba su marido, y algunos dias despues supo que se habia embarcado para la India. Entónces, al verse sola, sin recursos, sin afectos, sin juventud y sin corazon, tomó un veneno muy activo, que ha puesto fin á sus dias.

—¡Dios mio! ¡Qué horror!

—Ha dejado una carta escrita, en la cual dice que le pesaba la vida, y que por eso se la quita, sin dar más explicaciones.

—¡Ah! exclamé yo. ¡Hé aquí la suerte de la mujer emancipada! Vivir sin amor, sin religion, sin ternura; hallar el vacío en torno suyo, y cuando llega á la helada vejez, en que ya nada tiene que esperar sino la pobreza y la mofa del mundo. . . . ¡suicidarse!

IV

Mistress Beld pasó á casa de Consuelo cuando

su amiga puso fin á sus dias. Mary se habia casado, ya hacia algunos años, con un artesano honrado, atrayéndose así la aversion de miss Wilsson, que nada le dió al casarse.

Creo haber demostrado, con ejemplos vivos y enérgicos, que no es posible la emancipacion de la mujer, la cual necesita para todo del amparo del hombre. Que el matrimonio es lo que enaltece y protege al sexo débil. Y que la mujer sencilla y modesta, que sólo sabe amar y cuidar á su familia, es el verdadero *Angel del Hogar*, pues que atrae sobre él todas las bendiciones del cielo.

Ya lo he dicho muchas veces. La ciencia no conviene á la mujer, como las faenas domésticas no convienen al hombre. A cada uno ha señalado la religion y la sociedad sus atribuciones, y es una locura querer trocárlas ó violentarlas. Ocúpese la mujer en amar á su esposo y á sus hijos, y en embellecer su casa. Ocúpese el hombre en los negocios y en el estudio que es su mision.

Olvidad, pobres mujeres, vuestros sueños de libertad y de emancipacion. Estas son teorías de cabezas enfermas que jamás se podrán practicar, porque la mujer ha nacido para ser amparada y protegida por el hombre.

Hablando de dos hombres que la amaban, pone Mme. Staël en boca de su subliime *Corina*, estas incomparables palabras:

“El primero me agradó, inspirándome la más alta estimacion de sus excelentes prendas; pero

poco á poco fuí conociendo que no era grande ni su instruccion ni su talento: hablando con él no me atrevía á manifestar todos mis alcances, temiendo deslucirle en un todo; así, pues, conocí que la estimacion que le tenia, disminuiría necesariamente el dia en que dejáse de tener aquella especie de miramiento, y cierto es que á las personas que se las trata así, no se las puede mirar siempre con entusiasmo.

“El otro tenia mucha gracia y no ménos talento; pero en una ocasion muy importante conocí que su alma carecía de fortaleza, y que en ciertas circunstancias de la vida me veria obligada á animarle y casi a defenderle: desvaneciése con esto mi amor, pues necesitando la mujer de ser constantemente amparada y defendida, no hay cosa que más enfrie su pasion que al ser preciso suceda lo contrario.”

Cuando el espíritu fuerte, el carácter varonil y el profundo talento de Luisa Germana de Staël razonaban así acerca de la posicion de nuestro sexo, nada tengo yo que añadir.